
El viajero de Altruria



TROPO EDITORES

Tropo Editores S. L.
Calatrava 79-81, 3.º 1.ª 08017 Barcelona, España
www.tropoeditores.com
info@tropoeditores.com

© Herederos de William Dean Howells 2016
© de la presente edición: Tropo Editores 2016
© de la traducción: Irene Oliva Luque

ISBN: 978-84-96911-93-2
Código IBIC: FA
Depósito legal: B-1802-2016
Impreso en España - Printed in Spain
Colección Segundo asalto, N.º 14

Corrección: Irene Achón Lezaun
Diseño y maqueta: Óscar Sanmartín Vargas
Ilustración de cubierta: Óscar Sanmartín Vargas

1.ª edición, enero de 2016
Impreso en Icomgraph
Minería s/n Pol. Ind. La Magantina
22006 Huesca
Tel. 974 24 37 82

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El viajero de Altruria

William Dean Howells

Traducción de Irene Oliva Luque



TROPO EDITORES

I

Confieso que, a pesar de toda mi curiosidad por conocer a un altruriano, no estaba de humor para recibir hospitalariamente al viajero cuando al fin se presentó ante mí, conforme a lo acordado en la carta de aviso que me había hecho llegar el amigo que me lo presentó. Sería bastante fácil ocuparme de él en el hotel, no tendría más que reservarle una habitación y advertir al recepcionista para que le dijese que su dinero no era válido si intentaba pagar algo. Sin embargo, yo ya me había sumergido casi por completo en mi historia, sus gentes me rodeaban en todo momento, moraba entre sus acontecimientos y escenarios y no veía la forma de acoger a mi invitado entre ellos o abandonarlos por él. Aun así, cuando en efecto llegó y le estreché la mano al bajar del tren, me resultó menos difícil de lo que esperaba decir que me alegraba de verlo. De hecho, me alegraba de veras, pues al mirarlo a la cara no podía evitar que me invadiese una sensación de simpatía hacia él. No tuve el menor problema en reconocerlo, ya que era muy distinto a los norteamericanos que también bajaban del tren, todos con aspecto acalorado, preocupado y ansioso. Ya no era un hombre joven, sino que estaba en lo que suele llamarse la plenitud de la vida, esa etapa en la que nuestros conciudadanos están tan absortos en asegurar su futuro que se podría decir que ni siquiera viven en el presente. Todo el semblante de este altruriano, y en particular sus ojos amables y tranquilos, reflejaba una

vasta contemporaneidad, un ocio cuyos límites habían sido abolidos in sécula seculorum, o al menos este era el efecto que algo en ellos producía y que me obliga a describirlos en términos bastante fantásticos. Superaba la estatura media y se desenvolvía con vigor. Tenía la cara quemada por el sol, o por el mar, donde no crecía la barba y, aunque sabía por la carta de mi amigo que era un hombre leído y distinguido en su país, nunca me habría imaginado que fuese una persona de vida erudita, ya que distaba mucho de parecer «enfermizo por los efectos del pálido tinte de la reflexión». Al estrechar la mano que le ofrecí en mi poco entusiasta bienvenida, la apretó de tal forma que decidí limitar nuestros saludos diarios a algo mucho menos muscular.

—Deje que le lleve el bolso —Me ofrecí, como solemos hacer cuando recibimos a alguien que baja del tren, y al instante me hizo entrega de una maleta bastante pesada, con una sonrisa en sus benévolo ojos, como si se tratase de un grandísimo favor—. ¿Tiene algún recibo? —pregunté.

—Sí —contestó en muy buen inglés, aunque con un acento nuevo para mí—, me vendieron dos.

Me los dio y se los entregué al mozo de nuestro hotel, que esperaba con el carro portaequipaje. Después le propuse ir paseando por el prado hasta el hotel, que dista menos de medio kilómetro de la estación. Nos pusimos en marcha, pero de repente se detuvo y volvió la vista atrás.

—Ah, no se preocupe por sus baúles —Lo tranquilicé—. El mozo los llevará al hotel sin ningún problema. Los encontrará en su habitación cuando lleguemos.

—Pero los está cargando en el carro él solo —intervino el altruriano.

—Sí, lo hace siempre. Es joven y fuerte. Se las apañará. No se...

No pude acabar de decirle que no se preocupara por el mozo porque ya había salido corriendo hacia la estación, así que tuve que soportar la humillación de verlo asir un extremo de cada uno de los

baúles para ayudar al mozo a lanzarlos al carro. Algunos artículos menos pesados los colocaba él mismo y no paró hasta terminar con todo el equipaje que había salido del tren.

Me quedé con su maleta en la mano, incapaz de dejarla en el suelo, avergonzado por aquel absurdo espectáculo, del que no sólo yo había sido testigo, sino todos los pasajeros que habían bajado del tren y todas sus amistades que venían a recibirlos desde el hotel. Varios de ellos pasaron delante de mí en un gran carruaje tirado por cuatro caballos, de los llamados *tally-bo*, y una señora, cuyo marido había llegado para pasar el domingo con ella y estaba de muy buen humor, se dirigió alegremente hacia mí.

—¡Parece que a su amigo le gusta hacer ejercicio!

—Sí —contesté con sequedad; la réplica ingeniosa que tendría que haber acudido en mi auxilio no dio señales de aparecer.

Sin embargo, me resultó imposible irritarme con el altruriano cuando regresó, sin siquiera haberse despeinado por el trajín con el equipaje y sonriendo con serenidad.

—¿Sabe? —me comentó—. Me ha dado la impresión de que ese buen hombre se avergonzaba de que lo ayudase. Espero que no haya parecido un reproche en modo alguno de cara a sus conciudadanos. Debería haber caído en eso.

—Supongo que podemos reparar el agravio. Aunque diría que lo ha sorprendido, más que humillarlo. Pero ahora debemos darnos prisa, su tren venía con media hora de retraso y corremos el riesgo de quedarnos sin cena si no llegamos de inmediato.

—¿De verdad? ¿Por qué? —se extrañó el altruriano.

—Pues ya sabe —contesté con evasiva ligereza—, quien antes nace antes padece. Así es la naturaleza humana.

—¿Ah, sí? —repuso, y me miró como se suele hacer cuando se sospecha que alguien está bromeando.

—Sí, ¿no cree? —repliqué, y me apresuré a añadir—: Además, quiero que nos quede tiempo después de la cena para mostrarle parte de nuestro paisaje. Creo que le gustará —Sabía que había llegado aquella mañana a Boston en el vapor y pensé que ya iba siendo hora de preguntarle—. Ah, por cierto, ¿qué opina de Estados Unidos? —La verdad es que debería habérselo preguntado en el momento en que bajó del tren.

—Uy, me interesa una barbaridad —respondió, y me percaté de que hablaba con cierta reserva—. Siendo el país más avanzado de su tiempo, siempre he sentido mucha curiosidad por verlo.

Esta última frase reavivó mi decaído ánimo, por lo que proseguí con seguridad.

—Nuestro sistema de control de equipaje le debe parecer una maravilla —comenté esto porque es una de las primeras cosas de las que alardeamos ante los extranjeros, y yo tenía la costumbre de hacerlo—. Por cierto —me aventuré a añadir—, supongo que quería decir que le «dieron» dos recibos cuando se los pedí en el tren hace un momento. Pero, en vez de eso, ha dicho que se los «vendieron».

—Sí —contestó el altruriano—, pagué medio dólar por bulto en la estación de Boston. Vi que otra gente lo hacía —aclaró al notar mi sorpresa—, ¿no es lo que se acostumbra?

—Me alegra decir que aún no, en la mayoría de nuestras líneas. Le estaban dando una propina al mozo de equipaje para asegurarse de que facturaba sus pertenencias a tiempo y las cargaba en el tren. Yo mismo tuve que hacerlo cuando vine, de otro modo puede que mis maletas no hubiesen llegado hasta el día siguiente. No obstante, el sistema es perfecto.

—El pobre hombre parecía agotado —dijo el altruriano— y me alegro de haberle dado algo. Me dio la sensación de que tenía que encargarse de varios cientos de bultos y, al contrario que su mozo,

no se sintió avergonzado por que lo ayudase a subir mis baúles al vagón. Si puedo serle sincero, la miseria de la estación, con su servicio deficiente, sus destartaladas salas de espera y su aspecto abarrotado y confuso, me causó bastante mala impresión.

—Lo sé —tuve que reconocer—, es vergonzoso, aunque el resto de estaciones de la ciudad no está tan mal.

—Ah, entonces —continuó el altruriano—, supongo que esta línea en particular es demasiado pobre para contratar más mozos de equipaje o construir estaciones nuevas. Todas las que he visto durante el trayecto tenían un aspecto bastante deteriorado.

—En realidad, no —me vi obligado a confesar—. Es una de las líneas más ricas del país. La acción se cotiza a unos ciento ochenta. Pero mucho me temo que llegaremos tarde para la cena si no nos ponemos en marcha —atajé.

Aunque no es que me importase demasiado llegar después de que el mozo hubiese descargado el equipaje. Me horrorizaba ser testigo de una nueva muestra de solidaridad activa por parte de mi extraño acompañante. Yo mismo me he sentido mal a veces por los mozos de hotel, aunque ni se me ha pasado por la cabeza ofrecerme a ayudarlos con el pesado equipaje que manejan.

El altruriano estaba encantado con el hotel; y la verdad es que era muy pero que muy bonito, con sus plazas de galerías entrelazadas y llenas de gente bien vestida y niños que jugaban en sus verdes parterres. Lo acompañé hasta la habitación que le había reservado junto a la mía. El mobiliario era sencillo pero coqueto, con alfombras, sábanas recién lavadas y paredes encaladas. Abrí las persianas de las ventanas de par en par para que pudiese divisar las montañas, que purpureaban bajo la puesta de sol, tras el lago y sus orillas de intensa frondosidad.

—¡Espléndido! ¡Espléndido! —susurró.

—Sí —asentí con modestia—. A nosotros nos parece precioso —Se quedó hipnotizado delante de la ventana, por lo que creí oportuno decirle—: Pero ahora no puedo concederle mucho tiempo para que se sacuda el polvo del viaje, el comedor cierra las puertas a las ocho, así que debemos apresurarnos.

—Estaré con usted en un momento —dijo mientras se quitaba el abrigo.

Esperé con impaciencia al pie de las escaleras, evitando la pregunta con la que me topé en los labios y los ojos de mis conocidos. La popularidad de mi amigo tras su comportamiento en la estación estaba ya en boca de todos, que deseaban saber quién era. Yo me limité a contestar que se trataba de un viajero de Altruria y en algunos casos llegué a explicar que los altrurianos eran peculiares.

En mucho menos tiempo del que pensé que hubiera pasado, mi acompañante dio conmigo y entonces, en cierto modo, me sentí compensado por el mal trago que me había hecho pasar. Pude comprobar que, independientemente de lo que la gente dijese de él, al verlo sentían la misma misteriosa simpatía que había despertado en mí. Había hecho un ligero cambio en su atuendo y noté que las mujeres lo consideraban no sólo atractivo, sino además bien vestido. Lo seguían con la mirada mientras entrábamos al comedor y yo me sentía bastante orgulloso de acompañarlo, como si de alguna forma compartiese el mérito de su vestimenta y su buena planta. El altruriano también quedó muy impresionado por el maestresala que nos condujo hasta la mesa, por lo que, mientras esperábamos la cena, aproveché la oportunidad para explicarle que se trataba de un estudiante de Teología de alguna universidad de provincias que trabajaba aquí durante las vacaciones de verano. Esto pareció interesar tanto a mi amigo que proseguí aclarándole que muchas de las

camareras, que veía allí sometidas a las órdenes de los demás huéspedes, eran maestras rurales durante el invierno.

—Ah, como tiene que ser —comentó—; ese es el tipo de cosas que esperaba encontrar en los Estados Unidos de América.

—Sí —respondí, halagado y henchido de orgullo nacional—, si algo significa Estados Unidos es el respeto por el trabajo y el reconocimiento de la valía personal sin excepción. Espero que permanezca una larga temporada entre nosotros. Nos gusta que nos visiten viajeros que sean capaces tanto de interpretar el espíritu de nuestras instituciones como de descifrar su cultura. Por regla general, los europeos nunca acaban de entender nuestro punto de vista. Verá, muchísimas de estas camareras son damas, en el verdadero sentido de la palabra: respetables, inteligentes, refinadas y capaces de ennoblecer... —Me vi interrumpido por el ruido que hizo mi comensal al empujar de repente su silla hacia atrás y ponerse de pie—. ¿Qué ocurre? —pregunté—. No se sentirá indispuerto, ¿verdad?

Pero no me oyó. Ya había atravesado medio comedor corriendo en dirección a la esbelta muchacha que nos traía la cena. Había pedido en abundancia, ya que mi amigo había reconocido tener bastante apetito y yo también tenía hambre después de la espera, por lo que la bandeja que llevaba la chica estaba cargada de pesados platos. Muy a mi pesar, pude ver, pues a esa distancia no oía, cómo el altruriano se enfrascaba con ella en una educada controversia y luego, venciendo con firme y absoluta determinación todos los reparos que ella ponía, se hacía con la bandeja y escapaba con ella hacia nuestra mesa. La pobre muchacha lo siguió, roja como un tomate; el maestra-la se quedó mirando sin saber qué hacer; los demás clientes, que a esa hora por suerte eran pocos, estaban sencillamente horrorizados ante tal escándalo; sólo el altruriano parecía pensar que su comportamiento era lo más natural del mundo. Puso la bandeja en la mesita

a nuestro lado y, a pesar de las súplicas de la camarera, insistió en colocar los cuenquitos de comida antes que nuestros platos. Después, por fin se sentó, y la moza, ruborizada y temblorosa, abandonó la sala para, como todo hacía suponer, darse una buena llorera en la cocina. No volvió, y el propio maestresala, que quizá temía enviar a otra en su lugar, se ocupó de las pocas cosas que necesitamos. No le quitó el ojo de encima a mi acompañante, como si no estuviese del todo convencido de que fuese inofensivo, pero el altruriano prosiguió con la conversación con la misma vivacidad que descubrí en él después de ayudar al mozo con el equipaje. No creí que fuese el momento de encomendarle la plana por lo que acababa de hacer, no estaba ni siquiera seguro de que formase parte de mi papel como anfitrión, así que, ante la duda, dejé que fuese él quien llevara el peso de la conversación.

—¡Qué encanto de criatura! —comenzó—. En mi vida he visto nada más elegante que la forma en que rechazó mi ayuda, sin la más mínima muestra de coquetería o afectación. Como usted decía, es una auténtica dama, y ennoblece su trabajo, igual que estoy seguro de que ennoblecería cualquier exigencia de la vida. En gran medida encarna mi ideal de la joven norteamericana y por lo que ella representa puedo deducir cuál es, sin lugar a duda, el espíritu de su país —Deseaba contarle que si bien una maestra rural que trabaja de camarera en un hotel de vacaciones merece todo el respeto dentro de su esfera, no suscita entre nosotros la enorme admiración que nos provoca otro tipo de mujeres. Sin embargo, no me resultaba precisamente fácil después de mis declaraciones en lo relativo a nuestra estima por el trabajo. Así que, mientras yo buscaba la forma de eludir la cuestión, mi amigo continuó hablando—. Inglaterra me agradó sobremanera, y los ingleses, pero lo que es

imposible que me agrade son los fundamentos de su civilización o la estructura aristocrática de su sociedad. Me pareció inicua, pues para nosotros la iniquidad y la desigualdad, a fin de cuentas, son lo mismo.

Llegados a este punto, me vi preparado para intervenir.

—Sí, tiene algo de terrible, de escandaloso, la abierta brutalidad con la que los ingleses proclaman la desigualdad fundamental de los hombres. Cuando nos separamos de ellos, la afirmación de la igualdad fundamental de los hombres representó nuestro primer punto de divergencia.

—Lo sé —intervino el altruriano—. ¡De qué forma tan grandiosa está recogido en su gloriosa Declaración!

—Ah, entonces ¿ha leído nuestra Declaración de Independencia?

—Todo altruriano la ha leído —contestó mi amigo.

—Claro está —proseguí con mucho tacto, pues esperaba que lo que iba a decir sirviera, sin ánimo de ofender, para aclarar la ligera confusión con la camarera que acababa de provocar— que no nos la tomamos al pie de la letra.

—No le entiendo —comentó.

—A ver, como sabe, con lo que rompimos en la Revolución fue, más que con sus tradiciones sociales, con las tradiciones políticas de Inglaterra.

—¿Cómo puede ser? —replicó—. ¿No rompieron con la monarquía y la nobleza, los rangos y las clases?

—Sí, rompimos con todo eso.

—Pero me parecieron no sólo una parte de la estructura política, sino también de la estructura social de Inglaterra. Ustedes no tienen reyes ni nobles. ¿Tienen rangos y clases?

—Bueno, no exactamente en el sentido británico. Nuestros rangos y clases, tal y como existen aquí, son lo que yo llamaría *voluntarios*.

—Ah, entiendo. Supongo que de vez en cuando algunos de ustedes se sienten llamados a servir y piden permiso a la colectividad para desempeñar sus tareas más humildes. A estas personas se les debe profesar una especial admiración. ¿Se refiere a algo así?

—En realidad no, no puedo decir que sea del todo así. De hecho, creo que será mejor que juzgue usted mismo basándose en la observación de nuestro modo de vida.

—No obstante, estoy convencido —intervino el altruriano, con una sencillez tan noble que me costó un buen rato acabar de creer— de que la abordaré de manera mucho más inteligente con algunas indicaciones por su parte. Usted afirma que sus divisiones sociales son voluntarias. ¿Pero he de entender que aquellos de ustedes que sirven no desean hacerlo?

—Bueno, no creo que lo hiciesen si pudieran evitarlo —contesté.

—¡No querrá decir que son esclavos! —exclamó el altruriano con una mirada de terror.

—¡No, no, no! La Guerra acabó con eso. Todos somos ya libres, blancos y negros.

—Pero si no quieren servir, y no se les profesa una especial admiración por hacerlo...

—Veo que el calificativo *voluntario* le ha despistado —intervine—. No es la palabra más exacta. Las divisiones entre nosotros obedecen más bien a un proceso de selección natural. Conforme se vaya familiarizando con el funcionamiento de nuestras instituciones, verá que no hacemos distinciones arbitrarias, sino que es la aptitud del trabajo para el hombre y del hombre para el trabajo la que determina el rango social que ostenta cada uno.

—¡Ah, eso es magnífico! —gritó el altruriano con ardiente entusiasmo—. Entonces supongo que estas inteligentes jóvenes que enseñan en la escuela en invierno y sirven mesas en verano se

encuentran en una especie de estado provisional, a la espera de que el proceso de selección natural determine si al final serán maestras o camareras.

—Sí, podría expresarse en esos términos —asentí, aunque no tenía la conciencia del todo tranquila. Empezaba a pensar que no estaba siendo demasiado cándido con aquella alma tan cándida. Añadí—: Como sabe, aquí en Estados Unidos somos en cierto modo deterministas. Creemos firmemente en la doctrina de que al final todo saldrá bien.

—Ah, no me sorprende —apuntó el altruriano—, sí, como dice usted, el proceso de selección natural les funciona de forma tan perfecta. Pero me temo que aún no acabo de comprender el tema del servicio doméstico. Creí entender que dijo que en Estados Unidos cualquier tipo de trabajo honrado merece respeto. Luego imagino que el servicio no suscita ningún tipo de degradación social.

—Bueno, no diría eso, no exactamente. A decir verdad, sí que suscita cierta degradación social y esa es una de las razones por las que no me acaba de gustar que haya estudiantes sirviendo mesas. No les resultará agradable recordarlo cuando pasen unos años, ni tampoco a sus hijos.

—¿Porque esa degradación es hereditaria?

—Eso creo. Y a nadie le gustaría pensar que su padre o su madre ha trabajado como criado

El altruriano se quedó callado un instante.

—Entonces —comentó después—, me da la impresión de que aunque respeten todas las profesiones honestas, hay ciertos tipos de trabajo a los que se les profesa menos respeto que a otros.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque ciertas ocupaciones son más denigrantes que otras.

—Pero ¿por qué? —insistía, en mi opinión de forma algo irracional.

—En realidad, creo que será mejor que lo deduzca por sí mismo.

—Me temo que no seré capaz —admitió con tristeza—. Veamos, si el servicio doméstico es, a sus ojos, denigrante y las personas no trabajan como criados por voluntad propia, ¿puedo preguntarle por qué se dedican a ello?

—Se trata de ganarse el pan. No les queda otra opción.

—¿Quiere decir que se ven forzados a hacer un trabajo que encuentran detestable y deshonroso porque sin él no tendrían forma de subsistir?

—Disculpe —interrumpí, pues no me gustaba en absoluto el cariz que estaba tomando la conversación y me parecía justo plantarle cara a mi invitado si seguía insistiendo—, ¿no sucede lo mismo en Altruria?

—Hace mucho sí —admitió—, pero ya no. De hecho, me parece estar soñando despierto al constatar que aquí se dan unas condiciones que nosotros dejamos atrás hace tantísimo tiempo.

Su discurso rezumaba una superioridad inconsciente que me irritó y me azuzó a rebatir.

—No esperamos dejarlas atrás. Las consideramos definitivas y cimentadas de forma inquebrantable en la propia naturaleza humana.

—¡Uy! —dijo el altruriano, con una gentileza llena de afecto y consideración—, ¿he dicho algo que le haya ofendido?

—En absoluto —me apresuré a contestar—. No me sorprende que no haya entendido nuestro punto de vista en sus justos términos. Tarde o temprano lo entenderá y, entonces, creo que se se dará cuenta de que es el correcto. Somos conscientes de que la lógica de nuestras convicciones no es aplicable al problema del servicio

doméstico. Se trata a todas luces de una cuestión muy extraña y desconcertante. Antaño, la simple solución al problema era tener tus criados en propiedad, pero nos dimos cuenta de que no iba en consonancia con el espíritu de nuestras instituciones libres. En cuanto se abandonó esa práctica, comenzó la anomalía. Habíamos superado el período primitivo en que el ama de casa trabajaba junto a sus sirvientes, eran su ayuda y así eran llamados; más tarde, empezamos a tener criados, que hacían todas las tareas domésticas, y a llamarlos de este modo. Algunos de nuestros mejores y más íntegros compatriotas jamás consideraron correcto este estado de cosas. Imaginaban, como parece que ha imaginado usted, que obligar a la gente a hacer el trabajo más detestable y penoso por mor de sus necesidades, así como herirla y avergonzarla asignándole un apelativo que instintivamente ofende a todo estadounidense, no era ni republicano ni cristiano. Algunos de nuestros pensadores intentaron arreglar las cosas tratando a sus sirvientes como parte de su familia. En la biografía de Emerson encontrará el divertido relato de su intento de hacer comer a su criado junto a él y su esposa, en la misma mesa. No funcionó. Emerson y su mujer lo soportaron, pero el criado no.

Me detuve, porque llegados a este punto la risa tendría que haber hecho acto de aparición. Sin embargo, el altruriano no se reía.

—¿Por qué? —se limitó a preguntar.

—Pues porque el criado era consciente, quizá ellos no, de que sus costumbres estaban a años luz y ellos tan poco preparados para relacionarse entre sí como lo podrían estar las gentes de Nueva Inglaterra con las de Nueva Zelanda. En la mera cuestión de la educación...

—Pero creía que usted había dicho que estas jóvenes que sirven las mesas eran maestras.

—Ay, le ruego que me disculpe, debería haberme explicado. En aquella época ya resultaba imposible, como lo sigue siendo ahora, hacer que las muchachas estadounidenses se dedicaran al servicio doméstico, excepto en condiciones poco habituales, como las que se dan en hoteles de vacaciones como este, por lo que los criados eran ya entonces extranjeros ignorantes que no servían para otra cosa. Sin embargo, en un lugar como este las condiciones no son tan malas. Es algo más parecido a trabajar en una tienda o en una fábrica. Dentro de lo que cabe, las muchachas son dueñas de su propio tiempo, sus horarios de trabajo son más llevaderos y se hacen compañía las unas a las otras. En una familia, vivirían sometidas a órdenes en todo momento y no tendrían ningún tipo de vida social. Estarían siempre con la familia, nunca libres. Nuestras jóvenes son conscientes de esto, así que no se dedican al servicio en la forma tradicional. Hasta en un hotel de vacaciones la relación laboral tiene sus aspectos odiosos. Creo que el sistema de pago de honorarios es denigrante para aquellos que tienen que cobrarlos. Ofrecer a un estudiante o a un maestro un dólar por prestar sus servicios... no es correcto, o al menos yo no consigo verlo así. De hecho, todo este sistema nos parece bastante anómalo. Lo mejor que se puede decir de él es que funciona, y no sabemos qué otra cosa se podría hacer.

—Pero sigo sin comprender —añadió el altruriano— por qué el servicio doméstico es denigrante en un país en el que todos los tipos de trabajo son respetables.

—Verá, querido amigo, he intentado explicárselo de la mejor manera que he sabido. Como antes le di a entender, hacemos distinciones, y de entre todos los tipos de empleo, distinguimos de forma negativa el servicio doméstico. Me atrevo a decir que sucede, en parte, debido a la pérdida de independencia que conlleva. Por naturaleza, las personas desprecian a aquellos a su cargo.

—¿Por qué? —preguntó el altruriano, con aquella inocencia suya que cada vez me resultaba más irritante.

—¿Que por qué? —repliqué—. Porque implica debilidad.

—Y ¿ustedes consideran que la debilidad es algo despreciable? —insistió.

—En la práctica, toda sociedad la desprecia; puede que incluso en la teoría —intenté explicarle—. El gran logro de Estados Unidos es que brinda a la raza una oportunidad: la oportunidad que tiene todo hombre de ascender por encima del resto para ocupar un lugar más alto, si es capaz de ello —Siempre me había sentido orgulloso de este hecho y creía haberlo expresado muy bien, aunque no parecía haber impresionado mucho al altruriano.

—Por eso no veo en qué se diferencia de cualquier otro país del pasado. Aunque quizá se refiera a que ascender conlleva una obligación para con aquellos que están debajo: «El que quiera entre vosotros ser el primero, será vuestro siervo». ¿Algo así?

—Bueno, no es del todo así —respondí, teniendo en mente lo poquísimos que nuestro hombre hecho a sí mismo, como clase, había hecho por el prójimo—. Aquí es de esperar que cada uno mire por sus intereses. Me imagino que poco ascenso social habría entre los hombres de nuestro país si se esperara que lo hiciesen por el bien del prójimo. ¿Cuál es la situación en Altruria? —interpelé, con la esperanza de paliar la ligera incomodidad que me invadía—. Los altrurianos que logran ascender, una vez que llegan a lo más alto, ¿se dedican por norma general al bien de la comunidad?

—En nuestra sociedad no existe el ascenso —respondió, y me pareció que había percibido el ánimo hostil de mi pregunta; hizo una leve pausa antes de devolvérmela—. ¿Cómo ascienden aquí los hombres?

—Esa sería una historia bastante larga de explicar —contesté—. Pero, grosso modo, diría que ascienden gracias a su talento, a su

astucia y a su habilidad para aprovechar una ventaja y obtener un beneficio personal.

—¿Y eso se considera noble?

—Se considera inteligente. En el peor de los casos, se considera muchísimo mejor que un nivel de igualdad completamente uniforme. En Altruria, ¿son todos los hombres iguales? ¿Igual de dotados, de guapos, de altos o de bajos?

—No, sólo son iguales en derechos y deberes. Aunque, como acaba de decir, esa es una historia muy larga. ¿Aquí no son iguales en nada?

—Son iguales en oportunidades.

—¡Ah! —respiró el altruriano—. Cómo me alegra oír eso.

Empecé a sentirme algo incómodo y no estaba seguro de que mi última afirmación tuviese fundamento. Además de nosotros, no quedaba nadie en el comedor y vi que el maestra sala nos observaba con impaciencia, así que retiré mi silla de la mesa y dije:

—Siento que parezca que le doy prisa, pero me gustaría mostrarle un efecto bastante hermoso de nuestra puesta de sol, antes de que oscurezca demasiado. Cuando volvamos, quiero presentarle a algunos de mis amigos. Supongo que no hace falta que le diga que ha despertado una enorme curiosidad, sobre todo entre las damas.

—Sí, eso mismo sucedió en gran medida en Inglaterra. Eran las mujeres las que más interés tenían en conocerme. Tengo entendido que en Estados Unidos son ellas las que llevan la batuta en sociedad, aun más que en Inglaterra.

—Está totalmente en sus manos —dije, con la satisfacción que todos sentimos por ello—. No tenemos ninguna otra clase ociosa. Nuestros hombres más ricos son por lo general trabajadores infatigables, la devoción a los negocios es su credo. Sin embargo, en cuanto un hombre alcanza el estatus en el que puede costearse el

servicio doméstico, lo que esperan su mujer y sus hijas es liberarse de dichas tareas para dedicarse al desarrollo de sus mentes y al disfrute de los placeres sociales. Me parece lo correcto. Eso es lo que las hace tan encantadoras a ojos de los extranjeros. Probablemente ha visto cómo se alaban sus virtudes en Inglaterra. Creo que los ingleses piensan que nuestros hombres son bastante necios, aunque opinan que nuestras mujeres son fascinantes.

—Sí, me comentaron que en ocasiones las mujeres norteamericanas contraen matrimonio con la aristocracia inglesa —observó el altruriano—. Los ingleses creen que dichas uniones representan para ustedes un inmenso honor que llena de satisfacción su orgullo nacional.

—Bueno, supongo que en parte es cierto —confesé—. Imagino que no pasará mucho tiempo antes de que la aristocracia inglesa provenga en igual medida de queridas de reyes que de millonarias norteamericanas. Aunque no es que nosotros comulguemos con la aristocracia —añadí con cierto tono moralista.

—Claro, eso sí lo entiendo —dijo el altruriano—. Más tarde o más temprano espero llegar a comprender con mayor claridad su punto de vista en lo tocante a este asunto. Por ahora, lo veo de manera algo confusa.

—Creo que poco a poco le podré ir aclarando todo —contesté.